

EL TESORO.

SEMANARIO DE LITERATURA, CIENCIAS, ARTES, MODAS Y TEATROS.

8 REALES TRIMESTRE. INSTRUCCION—RECREO.—UTILIDAD. 15 REGALOS CADA MES

SUMARIO.—Ecos de Melpómene, por don J. M. Marin.—La esperanza, por don M. J. Ruiz.—Las tres luces, poesía, por don J. M. Marin.—Yo creol por don M. J. Ruiz.—Cantares, por don Casimiro Prieto.—La raza humana.—Ruego de un amante, poesía, por don Julio de Eguilaz.—La muerte de Waldstein, por ***.—Miscelánea.—Charada.—Efemérides.—Advertencia.

ECOS DE MELPÓMENE.

MINIATURAS HISTÓRICAS

POR J. M. MARIN.

(Continuación.)

TERCER ASUNTO.

La escena pasa en un antro lóbrego y triste, lleno por todas partes de objetos é instrumentos de alquimia, de astrología y magia.

Estamos en el laboratorio de Locusta, la sombría envenenadora de Roma.

En cada ángulo de aquel recinto hay un objeto cuyo aspecto tanto repugna como espanta.

Uno es un caiman negro, singularidad en su especie, en cuya chata cabeza aun luce con fijeza aterradora, á pesar de estar disecado, una mirada venenosa y fria.

Otro es un enorme lobo, atacado de hidrofobia, amarrado con una cadena de acero, y cuyos ojos brillan en la penumbra como dos áscuas.

Otro es un esqueleto de mujer, limpio y pulimentado hasta el punto de parecer de marfil, el que en una de sus huesudas manos sostiene una pandereta egipcia.

Y el otro, el que está en el rincón mas tenebroso, es una cabeza viva perteneciente á un ser enterrado hasta el cuello, estando en vida, víctima sin duda preparada para algun espantoso sacrificio!

Aquella cabeza, no grita ya; pero hace sin cesar gestos y muecas horribles, señales de una desesperacion inaudita.

Después de esos cuatro vaporosos adornos que llaman mas fuertemente la atención, véanse repartidos al rededor del espantoso local grandes retortas, colosales redomas, crisoles, frascos y pomos de estructura rara y misteriosa.

Pendientes de la techumbre unos, y otros clavados en lo alto de los muros, se ostentan reptiles repulsivos de hinchada panza y enorme boca; osamentas de animales desconocidos, y pájaros de aspecto salvaje, de ojo redondo y amarillo, y acerados y larguísimos picos...

Un conjunto, en suma, aglomerado allí, por las negras manos de la fatalidad, el crimen y la supersticion.

Alumbra este escenario una lámpara etrusca, de forma singular, donde se alza, oscilando, una luz lánguida y verdosa.

En medio de la estancia está un trípode de bronce y apoyada contra él una muger.

Alta, seca, de formas duras y angulosas, el rostro de aquella muger, cuya edad rayaria á la sazón en los cuarenta años, tiene una espresion siniestra y glacial.

Locusta es.

Su mirada traidora y sesgada, los mechones de su lacia cabellera pegados á las

sienes, su boca contraída y sin color, detalles fisionómicos que tanto perturbaban el sueño de los cortesanos de César, la delatarían al que la viese sin necesidad de pronunciar su nombre.

Locusta escucha.

Escucha unos pasos que se van aproximando hacia una puerta de hierro, enclavada en la pared que está á sus espaldas, y que apenas se deja ver por el escaso fulgor que ilumina la estraña habitación.

Detiéndose los pasos y la puerta gira sobre sus goznes dejando escapar un chirrido lúgubre.

Por el hueco penetra un hombre embozado en un largo y blanco manto que lo cubre todo.

El encubierto dá algunos pasos mas y se detiene frente á Locusta, que lo contempla, mostrando al sonreirse unos dientes apretados y agudos como los de un chacal.

El hombre por su blanca vestidura, por su inmovilidad, parece una estatua de alabastro.

Este detalle hace resaltar de un modo violento el color de las ropas que viste la envenenadora, oscuras y negras como su espíritu.

Pasado un momento de silencio y de mútua contemplación, el hombre se desemboza recibiendo de lleno en su semblante los lívidos rayos que esparce la lámpara.

Entonces puede vérselo por completo.

Es un jóven de semblante hermoso, de tez blanca, pálida, cuyos ojos azules y rasgados son rivales, en belleza, de la profusa melena que como áurea cascada sombrea su soberbia frente, su turgente cuello y ámplios hombros!

Y sin embargo, ¡cosa estraña! á pesar de tanta hermosura y gentileza, hay algo indefinible en el recién llegado, que estremece y fatiga.

Y hay motivo verdaderamente para ello, porque el visitante de Locusta se llama *Lucio Domicio Enobarbo* NERON.

Niño emperador, tiene en su barbilampiño rostro los encantos de una muger, en sus brazos los músculos de Hércules, y dentro del pecho el corazón de un tigre.

—¿Qué quieres de mí, César, las delicias de Roma? pregúntale Locusta rompiendo la primera el silencio y esforzando su sonrisa pérfida y servil.

—Tengo un pariente, Locusta mia, respondió Neron con voz armoniosa, que me ha atormentado en las horas del festín contándome sus males y llamándome hermano suyo: *César es solo!* pero César es también cariñoso y tierno y quiere recibir de tí, de tu ciencia, un calmante que alivie los padecimientos de su amado deudo...

—¡Mas... empezó á decir la envenenadora.

Neron no la dejó seguir, añadiendo con acento opaco y de un modo lento:

—Agripina, la gran Emperatriz, nuestra muy querida madre, halló por tu medio, no há mucho tiempo, cierto aceite que buscaba y que no tenía en su tocador.... ¿no te acuerdas? creo que esto pasó pocos días antes de la muerte de *Claudio*....

Locusta palideció.

—Por aquella época se murmuró en la *Casa Dorada* sobre este hecho: se llegó hasta pronunciar la palabra *asesinato*... y yo no pude menos que jurar sobre el altar de Júpiter vengador que una vez conocidos los culpables, los arrojaría á las fieras del circo!... ¿sabías esto?

La interlocutora de Neron no contestó: la miserable estaba lívida.

—Mas esto no interesa ahora, prosiguió el emperador; cual serviste á la esposa de Claudio César, me servirás á mí; dame, pues, el calmante que te pido; que esté preparado por tí y que sea dulce como el Falerno y odorífero como una guirnalda de rosas de Póesto. ¿Qué te detiene mi antigua, mi querida y fiel amiga?

Un gesto indescriptible acompañó á la pregunta.

Locusta sin contestar abrió un pequeño mueble, cuyo interior estaba lleno de pomos de cristal.

De entre ellos tomó uno.

Llegó hasta donde Neron estaba, y se lo entregó doblando la rodilla.

El joven príncipe al tomarlo, dejó caer en la diestra de Locusta una cosa pequeña.

Luego cubrióse otra vez con su albo manto y se dirigió á la puerta de salida.

Ya en ella, se volvió hácia la muger que allí dejaba, y con acento de un timbre extraño, le dijo por despedida:

—Para vivir... *olvidar*.

Y desapareció.

Locusta corrió hácia la luz y miró lo que tenía en la mano.

Una irradiación luminosísima la deslumbró.

Era un diamante desmontado del tamaño de una avellana.

Tres días despues de esta entrevista, Roma sorprendida presenciaba los grandiosos funerales de *Británico*.

Este cuadro se denominaría: *Neron en casa de Locusta en demanda de un veneno*.

LA ESPERANZA.

Si la esperanza fuera dinero, todos seríamos ricos. Porque será difícil hallar desde el uno al otro extremo de la escala social quien no tenga ó funde sobre algo las mas brillantes esperanzas.

Puede decirse que la esperanza es un cariñoso compañero que nos infunde aliento durante nuestra peregrinacion por el mundo.

Como virtud teologal es un consuelo en las adversidades de la vida.

Pero sucede á veces que á fuerza de hacernos esperar largo tiempo la realizacion de cualquier deseo, acaba, si nó

por desesperarnos, por aburrirnos al menos. Y sin embargo, jamás nos sentimos con valor para separarla de nuestro lado. ¡Son tan gratas sus caricias!

La esperanza es una especie de faro salvador en el siempre agitado mar de la existencia humana. Mas ó menos brillante, su luz nos guia por entre los multiplicados escollos de ese mar, haciéndonos entrever constantemente, aunque jamás arribemos á ella, la tranquila playa de la felicidad.

Es preciso convenir, sin embargo, en que á veces se abrigan ó acarician esperanzas que por lo mismo que son de difícil realizacion, no podemos menos de considerarlas como brillantes utopias.

La posicion, el estado y el temperamento del individuo contribuyen siempre á determinar el mayor ó menor grado de probabilidad en la realizacion de aquellas.

El enfermo abruga la esperanza de recobrar la salud.

El pobre la de ser rico.

El rico la de adquirir honores.

El artista la de conquistar laureles.

El soldado la de obtener ascensos.

El avaro la de aumentar sus tesoros.

El soltero la de encontrar su *media naranja*.

La muger hermosa la de seducir á todos.

La fea la de *tener salida*.

El jugador la de pescar el premio *gordo*.

El ignorante la de ser un sábio.

El sábio la de eclipsar á Salomon.

El tonto la de parecer que no lo es.

El pillo la de que lo crean honrado.

Y todos la de alcanzar ú obtener aquello que puede satisfacer sus mas ó menos legítimas ambiciones, sus mas ó menos apremiantes necesidades.

La esperanza es una especie de enfermedad contagiosa que aqueja á todos, sin distincion de edad, séxo ni categoría. Y á pesar de que suele darnos chascos y desengaños mayúsculos, generalmente nos es de grande utilidad porque nos sirve

para engañarnos á nosotros mismos y engañar á los demás.

Por esto comprenderán ustedes que la esperanza es un artículo de primera necesidad, del cual nunca debemos estar desprovistos.

M. J. Ruiz.

LAS TRES LUCES.

Cuando nuevo ser pisa
La triste arena
Donde la raza humana
Tiene pelea,
Hijas del cielo,
Coloca Dios tres luces
En su sendero.

Dulce, apacible, blanca
Es la primera;
Es la luz santa y pura
De la *Inocencia*:
Esa luz muere
Por el inmundo soplo
Del vicio aleve.

Clara, noble, magnífica,
En pos se ostenta
Cual luz de inmenso alcance
La *Inteligencia*:
Soberbia, altiva,
Saberlo todo quiere....
Y ya es perdida.

Llega al fin la criatura
De su existencia,
Y la *Fé*, luz divina,
Sus ojos besa.
Y de la tumba
Ilumina callada
La noche oscura.

J. M. Marin.

¡YO CREO!

Confesemos que la *Moda* es una deidad avasalladora.

Hablad hoy del bien, de la virtud, de la fidelidad, de la honradez, del sacrifi-

cio, del mérito y de la recompensa, y hombres jóvenes, pero que afectan un cansancio prematuro, os contestarán con una sonrisa desdeñosa; que traducida fielmente quiere decir:

— ¡Todo es mentira!

Nosotros nos esplicamos esto que llamaremos *vicio*, como consecuencia inmediata de las exigencias de aquella deidad, la cual ha elevado á la categoría de leyes la duda y el ateísmo.

¿Cómo se concibe, si nó, que se niegue aquello que se vé y se palpa? ¿Cómo se comprende, sin inferir una ofensa á la razon, que personas con absoluto dominio sobre sus facultades intelectuales afecten tan sensible descreimiento?

Y si tratamos de las creencias, éste es aun todavía mas frio, mas desconsolador.

La consecuencia es un mito, la verdad es un fantasma; palabras brillantes, eso sí, pero que nada dicen, que nada significan.

Todo se hace pasar por el tamiz de la duda y va luego á sepultarse entre las sombras de la incredulidad.

El ateísmo levanta por do quier su horrible cabeza y su hálito corruptor mata la fé y esteriliza todas las virtudes.

¡Cómo! ¿No es ya capaz el hombre de sentir y creer?

¡Cómo! ¿No existe nada que inspire confianza, nada que se agite en la diáfana esfera de la verdad?

¡Despertad, ateos! ¿No es mas consolador llevar dentro del corazon la luz de la fé que el torcedor de la duda?

Creer y esperar: hé ahí la gran ciencia.

Yo creo en la virtud, porque no puedo acomodarme á pensar que se hayan perdido las nociones del bien. ¿Es acaso la tierra un fétido pantano incapaz de producir flores de hermosos colores y suavísimo perfume?

Yo creo en la recompensa y por eso hago méritos para obtenerla. ¿Es presumible siquiera que la *casualidad* haya lanzado al hombre sobre la tierra y que éste obre y se mueva al acaso como un

pobre autómeta sin conciencia de su origen ni de su destino?

Yo creo en Dios, porque lo adivino en todas partes, porque todo me revela su existencia, su poder y su sabiduría. La estrella que tiembla en el espacio, el reptil que se mueve, la flor que nace, el rayo que hiende la azul esfera, ese conjunto admirable de seres y cosas, de causas y efectos que ante nuestros ojos se presenta, son lenguas que cantan incesantemente la existencia de Dios.

Negar lo todo es dar pruebas de vanidad, de ignorancia ó de mala fé.

Crear todo aquello que puede caber en la esfera de los hechos naturales, es demostrar buen sentido.

La duda martiriza; la fé consuela.

Negar por sistema es, sobre ridículo, perjudicial á las buenas costumbres.

¡Despertad, descreídos, y confesad que no creéis lo que afectais creer, esto es, que *todo es mentira!*

M. J. Ruiz.

CANTARES.

Corazon sin amores,
niña preciosa,
es maceta sin flores,
flor sin aroma,
noche sin luna,
selva sin ruiseñores,
árbol sin fruta.

Quando á la ventana asomas
al reclamo de mi amor,
se vá el sereno á su casa
creyendo que sale el sol.

Te quejas de que mi hermana
con malos ojos te mira...
¡pues no ha de mirarte, tonta,
si es tuerta la pobrecita!

A la parroquia del pueblo
vé á avisar al sacristan,
y dile que toque á fuego,
pues mi pecho ardiendo está.

A los mares van los hombres
en busca de perlas bellas;
cuando las quiera, á tu boca
yo vendré en busca de ellas.

El dia que tu me olvides,
encima mi corazon
pondré un letrero que diga:
«Se alquila.—Almacen de amor.»

Que tienes sueños de oro
no lo digas mas, muchacha,
pues si un ratero te oye
puede asaltarte en la cama.

Casimiro Prieto.

LA RAZA HUMANA.

Todo pueblo tiene su poesía legendaria; véase cómo esplican los negros del Senegal a creacion de la raza humana.

Segun ellos, púsose Dios á llevar á cabo su pensamiento de crear al hombre, para lo cual tomó arcilla, hizo con ella tres estatuas y las metió en un horno, con el intento de infundir mas tarde un alma á aquellos tres cuerpos.

La estatua de tierra sometida muy poco tiempo á la accion del fuego, salió del horno con un color claro. Dios habia creado al blanco, al europeo, criatura imperfecta, no acabada de hacer, y que el divino artífice abandonó como indigna de él.

Dejó mas tiempo la segunda prueba del ser humano y la sacó luego: su color era mas oscuro; pero todavía no llegaba á la perfeccion. Dios solo habia creado al cobrizo, al moro. Por tercera vez volvió Dios á seguir su obra. Entonces sacó del horno al negro, es decir, la perfeccion.

Creados los tres seres, el blanco, el cobrizo y el negro, Dios los durmió. Durante su sueño, puso cerca de ellos una bolsa y un caballo. El primero que despertó fué el blanco; vió el caballo y la bolsa, y echó mano al oro.

El segundo que abrió los ojos fué el cobrizo; apoderóse del caballo, saltó sobre él y se marchó al desierto.

En cuanto al negro, mas hermoso que sus hermanos, pero mas perezoso que ellos despertó el último, y no encontró nada. Por eso

está condenado este pobre á trabajar eternamente, porque el primer padre de su raza hizo la necesidad de dormir una hora mas de lo que debía.

RUEGO DE UN AMANTE.

Gloria y luz de mis amores,
Si eres gentil mas que el cielo,
¿Por qué tan llena de anhelo
Te adornas con mil primores?
¿Quieres con dijes y flores
Tu blanca frente ceñir?
¿Piensas que el oro y zafir,
Juzgas que la flor brillante,
Pueden á un lindo semblante
Mas perfeccion añadir?

¿No ves en la noche oscura
Cómo sube al firmamento,
Serena, sin ornamento,
La luna radiante y pura?
¿No te admira su hermosura?
¿Su sencillez no te agrada?
Pues ¡ay! muger adorada,
Libra tu rostro querido
De tanto adorno fingido
Que no le sirve de nada.

¿Y á qué pueriles antojos,
Si pálidas y rugosas
Las mas encendidas rosas
Son junto á tus lábios rojos?
Si son tan dulces tus ojos
Cuando vibran sus centellas,
Y tus megillas tan bellas,
¿A qué mendigar favores
De falsas galas y flores,
Si tú, se los das á ellas?

Julio de Equilaz.

LA MUERTE DE WALDSTEIN.

(1634.)

Era bien entrada la noche y los habitantes de la pequeña villa de Egra dormian. Solo en la casa del burgomaestre se veia por una entreabierta ventana un rayo de luz que iba á

morir en el pavimento fangoso de la calle.

En la sala de donde salia este punto luminoso, habia dos hombres inclinados sobre el antepecho de la ventana mirando al cielo silenciosamente. En los dos se advertia esa señal indeleble con que Dios ha marcado la frente de las nobles y valientes inteligencias; los dos tenian trazas de haber sufrido grandes combates sostenidos, por el uno contra la ciencia, por el otro contra la vida.

Aquel de nuestros lectores que haya leído Schiller, habrá adivinado que estos dos personajes eran Seni, el astrólogo, y Alberto Wenceslao-Eusebio de Waldstein, en otro tiempo duque de Friedland, general de las armadas imperiales, amigo del emperador Fernando II de Austria, y ahora fugitivo, desgraciado, rodeado de lazos, condenado á muerte y delatado por aquellos mismos que, en época mas dichosa, habian alabado su bravura, solicitado sus favores é incensado sus vicios.

¿Qué hacian de aquel modo Seni y Alberto, en aquella fria noche de Febrero, mientras que las viejas casas elevaban en la oscuridad sus masas fantásticas y el crudo viento de Bohemia cantaba á los habitantes dormidos el himno del sueño y del olvido?

Los dos miraban al cielo y consultaban á los mundos mejores que flotan en el espacio; buscaban la estrella de Friedland, tan radiante en otro tiempo, y á las constelaciones misteriosas dispersas por el infinito, preguntaban el porvenir!

Y las constelaciones, como el viento que silbaba, como las vagas nubes que por momentos oscurecian aun mas las tinieblas, como los presentimientos que abrigaban sus corazones, decian: El porvenir no está lejos y la eternidad le sigue! Rogad y llorar: la estrella de Friedland va á extinguirse en el cielo, el conde de Waldstein va á morir sobre la tierra.

—Separémonos mi viejo amigo, dijo Alberto exhalando un suspiro; la noche está fria y tú debes tener necesidad de reposo.

Seni movió la cabeza con una gravedad dolorosa.

—Reposo! cuando la tempestad crece y amenaza vuestra cabeza! cuando una acusacion de alta traicion contra el emperador pesa sobre vos!... Y pensais, señor?...

—Qué me importa la tempestad y la acu-

sacion, cuando ningun poder humano sabría salvarme? Si está escrito que deba morir, tu presencia no retardará mi fin.... Además, Seni, la vida me pesa; yo no temblaré cuando suene la hora fatal. He caído desde muy alto para que el miedo pueda sobrecogerme, y después de haber hecho frente sobre tantos campos de batalla á los enemigos del imperio, no vacilaré en descubrir mi pecho y decir á los emisarios de Fernando:

«En medio de las cicatrices que he ganado por defenderos, un lugar ha permanecido intacto... Herid, este lugar es mi corazón!»

El astrólogo estrechó silenciosamente la mano de Alberto; una lágrima rodó por sus mejillas, le dirigió la última é inefable mirada, y salió.

Cuando Alberto se encontró solo se acostó y no tardó en dormirse.

De pronto le despertó un espantoso ruido de armas. El comandante Deneroux, acompañado de un destacamento de dragones, echó las puertas abajo y penetró en la habitación.

—Eres tú, gritó dirigiéndose al general, quien ha concebido el proyecto de destronar al emperador?... Toma... así mueren los traidores!

Y le hirió de un golpe de alabarda.

Así murió Waldstein, uno de los mas célebres héroes de la guerra de los treinta años. Cuando cayó en la desgracia de Fernando II, de quien había sido un compañero preferido, fué puesto en secreto al bando del imperio; en el momento en que fué muerto tan alevosamente en Egra, se disponía á refugiarse entre los sueois.

A los primeros albos de la mañana penetró Seni en la habitación del duque y le halló en tierra en el mismo estado en que le habían dejado los imperiales, é invadido por el frío y la rigidez de la muerte.

El sábio viejo se detuvo ante el cadáver y contemplándole con esa austera serenidad del filósofo que deja hablar mas alto á la razón que al corazón, dijo:

—Hé aquí á ese Waldstein cuya gloria y fortuna fué tan codiciada; ese Waldstein que domó el orgullo de Carlos IV, y obligó á Gustavo Adolfo á venir á buscar la muerte en Lutzen! ¿A qué le han conducido todos sus triunfos y victorias?... á una muerte ignominiosa, en una pequeña villa ignorada. Ah! tiene razón la iglesia en decir: *Omnia vanitas! todo es vanidad!*

Y Seni cayó en una meditación profunda; después nadie turbó el fúnebre silencio que rodeaba á aquella escena sangrienta. El cadáver de Waldstein, iluminado débilmente por la moribunda luz de una bujía, tomó proporciones fantásticas; una voz misteriosa, imperceptible, pareció escaparse de aquel cuerpo inanimado y murmurar al oído del astrólogo estas terribles y verdaderas palabras: «¡El hombre es débil; solo Dios es grande!»

(Traducción del francés.)

MISCELÁNEA.

Por el correo interior hemos recibido el artículo que bajo el epígrafe *La muerte de Waldstein* insertamos en otro lugar de este número. Agradecemos al incógnito traductor su galantería, y deseáramos que al remitirnos sus trabajos, que acogemos con gusto, no se cubriese con el velo del anónimo.

—Mamá yo quiero que me lloves á la boda de tia.

—Sí, hijo mio, que te llevaré.

—Y ¿comeré los dulces de la boda?

—Sí, monono, ¿por qué lo dudas?

—¡Tomal porque como cuando te casaste con papá no quisiste llevarme á la boda, ni darme dulces, por eso!

¡Oh! edad de la inocencia!

En el café del Recreo
voy á verte, aunque eres fea,
pues tu cara me recrea
mas que todo cuanto veo.

Parece que las agradables reuniones que periódicamente se celebran en la actualidad en casa de los señores de Belmonte, no serán las únicas que tendrán lugar en Córdoba en el próximo invierno. Bueno es que el estímulo cunda.

PENSAMIENTOS.—El corazón de una coqueta es un mármol labrado.

—La ambición es un abismo en cuyo fondo desaparecen la honra y la dignidad.

—La mesa de juego es el sepulcro de las fortunas y la aurora de la miseria.

—La veleidad en la mujer es el barómetro que marca la atmósfera de sus adoradores.

—Un gacetillero es el último mono.

* * *
Parece que la calle de San Fernando se llamará en lo sucesivo de las Teclas. Este nombre le sentará admirablemente, puesto que las losetas de Tarifa de sus aceras parecen teclas de piano.

* * *
PATRONOS.—Lo son:

De los cesantes, S. Nicomedes.

De los pianistas, Sta. Tecla.

De ciertos maridos, S. Cornelio.

De los miopes, S. Casimiro.

De los que están gruesos, S. Gordiano.

De los pollos, S. Pio.

Y otros que diremos otro día.

* * *
La escena es en el paseo de la Victoria. Es por la tarde, y sin embargo no llueve.

Pasean dos lindas muchachas y dos amigos las siguen por casualidad.

Uno de ellos respira con toda la fuerza de sus pulmones, y dice á su compañero:

—Chico, ¿no observas cómo huele á pachouli?

La mas bonita vuelve la cara, sonríe y exclama:

—¿Pues no hemos de *goler*, si lo llevamos consigo?

¡Terremoto!

* * *
Ninguna muchacha guapa,
por atendibles razones,
quiere vivir en la calle
que llaman de *Mascarones*.

* * *
Solucion á la charada del número anterior:

MARGARITA.

* * *
Solucion al geroglífico del mismo número:
—No hay dos hombres con caracteres iguales sobre la tierra.

* * *
CHARADA.

* * *
Prima y segunda los niños
pedir á sus padres suelen,
y á segunda y prima todos
hemos llamado mil veces,
entre sus amantes brazos

buscando caricias siempre.

Segunda y terciá lo hace

alguna vez el que debe;

y se llama prima y cuarta

al hombre que á otros divierte,

ó al de quien todos abusan

por ser asaz inocente.

Y por si lo dicho acaso

oscuro á alguno parece,

diré que mi *todo* es ave

que hermosos colores tiene.

Bertoldo.

EFEMÉRIDES.

Dia 14 de Octubre.—1806 Batalla de Jena.

Dia 15.—1406 D. Enrique III responde por medio de una carta real á la queja del concejo de Alcaldes de Búrgos contra el licenciado Gil Gonzalez.

Dia 16.—1813 Batalla de Leipsick.

Dia 18.—1694 Carlos II otorga la gracia pedida por Barcelona de tener *embajadores* en la corte.

Dia 19.—1396 D. Enrique III publica en Segovia una pragmática encaminada á fomentar la cria de caballos.

1805.—Capitulacion de Ulm.

Dia 20.—Batalla naval de Trafalgar.

ADVERTENCIA.

Los señores suscritores de provincia que no han remitido aun el importe del trimestre corriente, se servirán hacerlo antes del 21 del actual, si quieren tener opcion á los regalos del presente mes.

Editor responsable, D. Abelardo Diaz.

CÓRDOBA.—1867.

Imprenta de *El Guadalquivir*, Pescadores, 17.